

CATALINA DE ERAUSO

**VIDA Y SUCESOS
DE LA MONJA ALFÉREZ**

EDICIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE
MIGUEL MARTÍNEZ



**CLÁSICOS
CASTALIA**

S U M A R I O

| | |
|---|----|
| Introducción biográfica y crítica | 9 |
| Prefacio | 9 |
| Erauso: vida textual | 14 |
| Las primeras relaciones | 15 |
| Los papeles de Erauso y la comedia de la Monja Alférez | 20 |
| Los textos americanos | 23 |
| Las <i>Vidas</i> manuscritas de Erauso | 25 |
| La edición de Ferrer | 31 |
| La ilusión biográfica. | 34 |
| La paradoja autobiográfica | 34 |
| Autoría y cronología | 37 |
| El retrato de Juan van der Hamen | 43 |
| Las <i>Vidas</i> del Antiguo Régimen | 47 |
| Género e historia | 55 |
| Gramática histórica | 55 |
| El efecto travesti | 61 |
| Las confesiones de Erauso | 68 |
| El cuerpo espectacular | 75 |
| Vidas coloniales | 83 |

| | |
|--|-----|
| Las ruedas (vascas) del comercio | 83 |
| Milicia indiana | 86 |
| La tierra de los valientes | 89 |
| Esta edición | 94 |
| ABREVIATURAS | 97 |
| FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA | 99 |
| | |
| VIDA Y SUCESOS DE LA MONJA ALFÉREZ. | 123 |
| Notas finales | 187 |
| Relación de 1617 | 193 |
| Relaciones de 1625 | 205 |
| Relación de 1653 | 233 |
| Diego Rosales, <i>Historia del reino de Chile</i> | 251 |
| Documentos | 251 |
| AGI | 251 |
| AGN | 288 |
| AGG | 293 |
| Estudio textual | 299 |
| I. Las copias sevillanas (A, B, C). | 299 |
| II. El manuscrito de la Colombina y su descendencia (C, M, N, O). | 326 |
| III. Juan Bautista Muñoz, Bauzá y Ferrer (M, [L], F) . | 330 |

INTRODUCCIÓN BIOGRÁFICA Y CRÍTICA

PREFACIO

La *Vida y sucesos de la Monja Alférez* vio la luz por primera vez en 1829, como parte de la colección de clásicos españoles que Joaquín María Ferrer editó desde su exilio parisino, tras el fin del breve sueño liberal. Desde las primeras décadas del siglo XVII, la vida del alférez Erauso había dado lugar a una enmarañada urdimbre textual de declaraciones judiciales, relaciones de sucesos, comedias urbanas y memorias autobiográficas. La *Vida* de Erauso parecen miles: hija de la hidalguía vasca, novicia desertora, mozo pícaro de muchos amos, soldado colonial en la guerra más violenta, marinero, trajinante y criminal. Trató con rufianes y papas. Estuvo a punto de casarse con una hacendera mestiza de Tucumán. Recibió rentas del tributo indígena. Tuvo esclavos.

Todas las versiones que conservamos de su vida derivan en última instancia de las palabras del propio Erauso, casi siempre en forma de precario registro en tercera persona de su testimonio oral. La que más dudas plantea, sin embargo, es precisamente la más conocida: las memorias en primera persona que desde finales del siglo XVII se atribuyen a su propia mano. Esta edición trata de

desenredar en la medida de lo posible la madeja textual que nos ha transmitido la historia de Erauso y da respuesta a algunos de los interrogantes que ha planteado históricamente. Además, se recuperan versiones manuscritas de la *Vida* que anteceden en casi un siglo a las que hasta ahora habíamos leído, se aclara la existencia del famoso *Manuscrito Trigueros* y añade algunas relaciones y documentos históricos hasta ahora desconocidos.

Erauso nació Catalina y murió Antonio. Cualquier lectura actual de la *Vida* debe comenzar con la sencilla constatación de que Erauso vivió como hombre prácticamente toda su vida, antes y después de que un puñado de textos y un público ávido de novedades convirtieran su cuerpo en espectáculo público. Es obvio que no compartimos con nuestros antepasados los lenguajes para hablar de la diferencia sexual o la identidad de género. Nuestras formas de clasificar los cuerpos y el deseo difieren radicalmente de aquellas que jerarquizaron las sociedades del Antiguo Régimen. Por eso resulta tan difícil la traducción de la historia de la Monja Alférez a la lengua de nuestros días, si bien su problemática nos interroga de manera urgente. Si a nosotros nos parecen inadecuadas las formas de hablar entonces sobre el alférez —que fue monja, eunuco, capón, mujer varonil y casta doncella—, la mayoría de las de hoy también habrían resultado ininteligibles para nuestros ancestros, sea Erauso heroína feminista, mujer lesbiana, hombre trans o persona de género no binario. Tampoco compartimos una noción similar de subjetividad en relación con el género. Las prácticas sexuales, la orientación del deseo o la intervención estilizadora sobre el cuerpo, que hoy son constitutivas de identidades y sujetos, no lo habrían sido tanto en la edad moderna.

Sin embargo, los paradigmas de la mujer varonil y el travestismo con los que se ha leído frecuentemente su historia no contribuyen hoy a aclarar el sentido del texto. El travestismo, como *performance* corporal y sartorial en principio independiente de la orientación del deseo, está ampliamente documentado en la época de Erauso. Muchas mujeres se vistieron de hombres para ingresar en el ejército, viajar, evitar violaciones o buscar a amantes. En el

caso de Erauso, sin embargo, la mudanza de vestido original no fue transitoria ni encaminada a un fin concreto, sino que devino forma de vida permanente. Cuando el obispo de Guamanga (Perú), que le tomó declaración, la forzó a reducirse de nuevo a su religión en 1617, Erauso solicitó a San Sebastián las pruebas de que no había profesado como monja para poder salir del convento y tornar a vivir como hombre. Y una vez en España se aseguró de ratificar documental e institucionalmente tanto su vestido como su forma de vida.

El recorrido que va de la partida bautismal de Catalina en 1592 a los pleitos por la herencia del alférez *Antonio* de Erauso en 1649 está jalonado por todos aquellos espacios sociales que instituían y significaban la diferencia sexual en el Antiguo Régimen: la familia, el convento, la milicia, el matrimonio, la herencia o la propiedad. Estas son algunas de las instituciones que habilitan y disciplinan la peculiar trayectoria vital de Erauso. En la edad moderna, la identidad sexogenérica tenía más que ver con el rango, la calidad y el estado que con la esencialización de una diferencia genital. Es por esto que cambiar de sexo, en el siglo XVII, no resultaba inconcebible.

Para hablar de sí, el alférez usó tanto morfemas masculinos como, en menor medida, femeninos. Si bien resulta imposible sortear todas las trampas de la gramática para discurrir con cierta fluidez sobre una persona y una serie de escritos de tal complejidad sexogenérica, me referiré tanto al autor del texto como a su narrador y protagonista, en la medida de lo posible, como «Erauso» (como alguna vez propuso Mary Elizabeth Perry); lo cual ahorrará al menos unos cuantos pronombres y paréntesis. La variabilidad del género gramatical es consustancial a las tradiciones textuales sobre el alférez. Y Erauso, a pesar de ser para todos Antonio, firmó un documento como Catalina en fecha tan tardía como 1639. Por ello, y porque a Catalina de Erauso le atribuyen los testimonios el texto de la *Vida*, se ha decidido mantener la autoría bajo su nombre tradicional. Cada vez que nos referimos a Erauso como mujer, sin embargo, deberíamos recordar el final de la *Vida*, en el que unas

insolentes napolitanas se llevaron «una soba de cintarazos» por dirigirse al alférez como «señora».

Hay infinidad de testimonios que nos hablan de la atracción de la historia vital de Erauso para la imaginación popular de la época. En los reinos del Perú, tras confesar por vez primera su sexo biológico, los corrillos la bautizan como «la monja de Chile». «La vi en Lima», dice el capitán Francisco Pérez de Navarrete, «en hábito de mujer, que se había descubierto, y esto fue cosa muy notoria, que llamaran la monja de Chile». En Guamanga, Lima, Bogotá y Cartagena arrastra multitudes que acuden a contemplar el prodigio de un cuerpo interrogante que incita la *curiosidad*, disposición vital casi fundante de las sociedades barrocas. Su desembarco en el Arenal de Sevilla vino como marea prodigiosa del Nuevo Mundo, y su asistencia a las misas en la catedral fueron, según los testigos, baños de multitudes. Ya en la corte, los papeles de sus servicios, que certificaban las heridas y las miserias de su guerra de Chile, se filtraron de alguna manera al mentidero de poetas y curiosos. Además, varias *relaciones* impresas sucesivamente en 1618, 1625 y 1653 subieron el volumen del rumor del vulgo sobre la vida de Erauso. El alférez fue, según Stephanie Merrim, icono cultural de toda una época.

Su valor icónico, de hecho, quedó consagrado por el título de una comedia de 1626 que creíamos de Juan Pérez de Montalbán, pero que recientemente se ha atribuido a Juan Ruiz de Alarcón. *La Monja Alférez* condensaba, con la precisión paradójica de tantos títulos teatrales áureos, el dramatismo de la vida de Erauso. El oxímoron, sin embargo, era falso: Erauso nunca fue monja, aunque siempre fue alférez. El último documento que conservamos firmado de su mano, y que ve la luz por primera vez en esta edición, está rubricado por «el alférez Catalina de Erauso». La falsa antítesis que aparentemente estructura la identidad del personaje ejerce una violencia significativa sobre la vida histórica de Erauso, que abandonó el convento para vivir como hombre y vivió como hombre para abandonar el convento, a pesar de que muchas mujeres se hacían monjas precisamente para escapar a un destino social ordenado en torno al trabajo reproductivo.